

Actividad alternativa 2: En la piel del otro

Fragmentos extraídos del libro «La princesa de hielo»,
Camilla Lackberg , MAEVA, 2007

Pág. 152

Miró el reloj y comprendió que ya era hora de decidirse. Tras echar un vistazo al montón de ropa que había en la cama, sacó de debajo la primera prenda que se había probado. El negro la hacía más delgada y el clásico vestido por las rodillas, modelo recuperado del viejo estilo Jackie Kennedy, favorecía la figura. Las únicas joyas que se puso fueron unos pendientes de perlas y el reloj de pulsera y se dejó el pelo suelto. Se colocó ante el espejo de perfil y metió la tripa. Y sí, con ayuda de la combinación braguitas-faja, medias-faja y respiración contenida, su aspecto resultaba bastante aceptable. Así, tuvo que admitir que los kilos extra no eran tan perjudiciales. Podría vivir sin los que habían ido a parar a la tripa, pero el que se había distribuido por los pechos hacía que una hendidura bastante homogénea se dejase ver por el escote del vestido. Ciertamente con la ayuda de un sujetador con relleno, pero esos remedios debían de ser de uso generalizado hoy en día. Además, el que ella llevaba había sido confeccionado según los últimos avances tecnológicos, con silicona en los cascos, lo que provocaba un balanceo del pecho muy similar al natural. Un magnífico exponente del éxito de la ciencia en el servicio al ser humano.

El estrés provocado por la sesión de prueba y los nervios habían hecho que empezasen a sudarle las axilas, así que volvió a lavarse con un suspiro de abatimiento. Casi veinte minutos le llevó conseguir un maquillaje perfecto y, cuando estuvo lista, se dio cuenta de que la decoración de su persona le había llevado más tiempo del deseable y de que debería haber empezado a ultimar la comida antes. Rápidamente, empezó a ordenar la habitación. Le habría llevado demasiado tiempo volver a colgar la ropa en las perchas, de modo que, simplemente, tomó el montón tal y como estaba y lo dejó caer en el suelo del armario antes de cerrar la puerta.

Pág 248

Patrik volvió a sentirse avergonzado, pues estaba a punto de utilizar a un viejo amigo, pero, por otro lado, tenía una larga lista de favores que cobrarle a Robert. Cuando eran estudiantes, Robert vivía con su prometida, que se llamaba Susanne, pero al mismo tiempo mantenía una excitante historia con una de sus compañeras de clase, Marie, que también estaba comprometida con otro chico. Aquello duró casi dos años y Patrik no recordaba ya cuántas veces tuvo que salvarle el pellejo a Robert. En muchas, muchísimas ocasiones, Patrik le había servido de coartada y se había visto obligado a dar muestras de una imaginación inagotable cuando Susanne llamaba para preguntarle si sabía dónde estaba Robert.

Bien mirado y al cabo de tantos años, le parecía que tal vez no fuese muy honrado ni por su parte ni por la de Robert, pero en aquel entonces eran los dos tan jóvenes e inmaduros..., y en honor a la verdad, a él le parecía una pasada y llegó a sentir algo de envidia de Robert, que hacía malabares con dos tías a la vez. Claro que aquello estaba condenado a irse al traste y Robert se encontró un día sin casa y sin ninguna de las dos tías. Aunque, como el seductor empedernido que era, no tuvo que pasar muchas semanas durmiendo en el sofá de Patrik, pues enseguida encontró a otra chica a cuya casa mudarse.

Pág 252

—No sé qué hacer, Erica. ¿Qué va a ser de mí y de los niños? ¿Adónde vamos a ir? ¿De qué voy a vivir? Llevo tantos años de ama de casa, que no sé hacer nada.

Erica vio la tensión en los nudillos de Anna, que se aferraba a la mesa como en un intento de controlar físicamente la situación.

—Shhh..., no pienses en eso ahora. Todo se arreglará. Tómalo con calma, puedes quedarte aquí con los niños el tiempo que quieras. La casa también es tuya, ¿no?

Se permitió esbozar media sonrisa y vio con satisfacción que Anna le correspondía. Su hermana se secó la nariz con el reverso de la mano y, pensativa, se puso a toquetear el mantel.

—Lo que, simplemente, no puedo perdonarme es haberlo dejado ir tan lejos. Le hizo daño a Emma, ¿cómo fui capaz de permitirlo?

De nuevo empezó a moquearle la nariz y, en esta ocasión, se limpió con el pañuelo en lugar de con la mano.

—¿Por qué permití que le hiciese daño a Emma? ¿No sabría yo en el fondo que llegaría a ocurrir y decidí cerrar los ojos a esa realidad sólo porque era más cómodo para mí?

—Anna, si hay algo de lo que estoy totalmente segura es de que tú jamás permitirías conscientemente que les hiciesen daño a los niños.

Erica se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano a Anna. Una mano de una delgadez alarmante. Los huesos parecían los de un pajarillo y daban la sensación de ir a quebrarse si presionaba demasiado fuerte.

—Lo que no puedo comprender de mí misma es que, pese a haber hecho lo que hizo, una parte de mí aún lo siga queriendo. Llevo tanto tiempo amando a Lucas que ese amor se ha convertido en una parte de mí, en una parte de lo que soy, y por más que lo intento, no consigo deshacerme de ella. Quisiera poder amputármela con un cuchillo, físicamente. Me siento sucia y despreciable.